

DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS

El gillatún de Traitraico de 1891

ALFREDO CAÑAS PINOCHET

Nota introductoria

Esta descripción de la celebración de un gillatún en Traitraico el 21 de diciembre de 1891, en el territorio del cacique Huenul, hecha por Alfredo Cañas Pinochet, forma parte del *Estudio de la lengua veliche* presentado por este autor en el Cuarto Congreso Científico celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909 y cuya publicación se incluyó en el undécimo volumen de los trabajos de dicho congreso que reunió contribuciones de la sección tercera bajo la dirección del profesor Carlos E. Porter.¹

En el «Vocabulario de la lengua veliche» que el estudioso adiciona a sus análisis etimológicos, lexicográficos y morfológicos del mapudungun de Chiloé o lengua veliche, como él lo llama, Alfredo Cañas tuvo la iniciativa de incluir, al llegar al vocablo *gnillatún*, estos «apuntes» de la ceremonia de Traitraico, de cuyo relato se desprende que el autor fue testigo presencial.

Traitraico es un territorio colindante con la ciudad de Nueva Imperial y según los descendientes del *lonko* Juan Luis Huenul (que debe ser a quien se refiere Cañas como cacique Huenul o Huemul), éste habría sido quien cedió las tierras para que el general Urrutia fundara la ciudad de Nueva Imperial en

1. Volumen XI de los Trabajos del Cuarto Congreso Científico (1.º Panamericano) celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909. Trabajos de la III sección: Ciencias Naturales, Antropológicas y Etnológicas publicados bajo la dirección del prof. Carlos E. Porter, Tomo I. Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1911.

1882. De hecho, en septiembre de 2012 fue inaugurada en la plaza Pedro de Valdivia de esta ciudad una escultura en homenaje a Huenul, con lo cual la administración municipal actual reivindica la figura de este personaje en desmedro de Lorenzo Lemunao, quien era considerado anteriormente como aquel que pactó con los chilenos la fundación de Nueva Imperial.

Nos parece relevante poner a disposición del público esta relación oculta al interior de un vocabulario por el valor cultural e histórico de esta temprana descripción del principal ritual mapuche y como una manera de contribuir a la desclasificación de documentos que pueden aportar a una mejor comprensión de la realidad intercultural de nuestros territorios.

Aunque hemos ajustado la acentuación en algunos casos, ésta es una transcripción literal y la ortografía, la puntuación y el uso de las cursivas son las del original. Agradecemos a María Inés Flores su colaboración en la transcripción (JOSÉ MANUEL ZAVALA CEPEDA).

El gnillatún de Traitraico de 1891

Apuntes sobre el *gnillatun*, celebrado por los indios de Nueva Imperial, en el lugar de *Trraittraico* (entre ríos), reducciones del cacique Huenul, el 21 de diciembre de 1891, destinado a obtener de Genmapun (señor del mundo), los librase de la invasión de la langosta argentina que había aparecido en los campos del sur del Cautín. La langosta apareció en Guipe, al sur del Cautín el día 16, y el *gnillatun* fue presenciado por el autor.

La mañana estaba tranquila y el sol oculto por los nublados, regalaba a todos con una temperatura suave y agradable: los ardores del sol, que entraba en los dominios del verano, estaban amortiguados.

Acompañado del gobernador del departamento, don Alberto Barros Ovalle y del Tesorero Fiscal don Ramón Bórquez, nos dirigimos a eso de las ocho A.M. al sitio en que iba a tener lugar la ceremonia, que era la vega del Cautín, frente a la ciudad de Nueva Imperial. El sitio escogido era plano, cubierto de vegetación baja, aunque desparramados por aquí y por allá se veían algunos árboles corpulentos; al sur, a alguna distancia corrían atropelladas las impetuosas aguas del río, y más cercanas se deslizaban las de un arroyo que con aquél más hacia el poniente se confundían. El lugar se llama Trraittraico y las tierras pertenecen al cacique Huenul. En medio del campo en que iba a tener lugar las ceremonias se habían plantado tres manzanos, amarrados a los cuales había 17 corderos.

Las machis, que eran tres, aparecían sentadas a la sombra de los manzanos, teniendo por único tatuaje una línea como de dos centímetros, hecha en tinta negra que les atravesaba la cara a la altura de la nariz.

Al comenzar las ceremonias el cacique Huenul se acercó a la machi principal a recibir sus prescripciones, que fueron la de dirigirse todos los indios que andaban montados al próximo arroyo a lavar la cola y las patas de sus caballos.

Así lo hicieron todos y nosotros con ellos. Regresamos pronto a todo galope, formados en columna de a seis, desplegadas las banderas negras y al grito de *ya! ya! ya!* repetido por todos, para ahuyentar a *Pillan*.

Sin interrumpir la carrera, la concurrencia siguió al mismo paso alrededor de los manzanos, *ñuinprun*, imitando a las machis que hacían lo mismo, cantando al toque de sus *cultrrunes* y estrechando cada vez más el círculo. Poco a poco el círculo fue tomando expansión, hasta que gran parte de los indios quedaron formados en un semicírculo.

Las *machis* continuaron sus cantos lastimeros, tocando sus *cultrrunes* con el *trrapue* o palillo con que se toca el *cultrrun* y bailando a veces.

A las nueve y cuarto de la mañana, después de largo rato de permanecer los indios en esta situación, acompañando a las machis en sus cánticos, una banda de indios, a cuya cabeza iba un hermano del cacique, pasaba por delante de los otros para saludarlos.

En el campo estaban colocados en forma también de semicírculo, gran número de platos (*llicanes*) de madera que contenían chicha de maíz o cebada (*muday*) que los indios en cuclillas asperjaban con ramas de maqui hacia el Oriente, dirigiéndose al Sol, a los gritos de *may! may! may!* mientras otros dirigían al Sol en alta voz, una plegaria.

De repente cesan estos asperges del *muday*, para arrojar el residuo de los *llicanes* al aire, siempre en igual dirección, en forma de rocío, con la boca.

Los corderos son asimismo rociados con el mismo *muday*. El Sol ha andado mucho en el cielo y ha llegado para los corderos la hora del sacrificio: 17 indios armados de sendos puñales les dan muerte, recogiendo la sangres en los *llicanes* en parte, así como la restante es vertida en un recipiente que conserva la machi principal.

Como cosa convenida por las exigencias del ritual, los indios cortan las orejas de los corderos, que de una en una son colocadas medio perdidas en la sangre de los *llicanes*.

Mientras aquellos indios extraen la piel a los corderos, los restantes en

cuclillas asperjan el aire siempre para el oriente con ramas de *trrapelahuen* o culen, la sangre de los *llicanes*, mientras las machis, sentadas bajo los manzanos, cantan con sus *cultrrunes*, como cantan en coro todos los indios e indias.

Mientras tanto y desde el principio varios indios se metían entre la concurrencia, andando por todas partes, daban la nota alegre en la fiesta. Uno de estos era el *cullon* (enmascarado), que llevaba sobre la faz un *mamilcullon*, (máscara de palo) y que corría incitando o provocando la risa: otro con una *huada* o calabazo que hacía sonar a modo de cascabel y que como el *cullon* iba en todas direcciones; y a estos acompañan el *pifuilca* que tocaba un pito y otro la *trrutrruca*, especie de corneta abisinia, compuesta de una larga caña de 3 a 4 metros, que llevaba en el extremo opuesto un cuerno.

Los corderos del holocausto están listos: las pieles entregadas o distribuidas por la machi a varios indios, son llevadas al próximo arroyo para lavarlas y verter sangre en sus aguas. El hígado aún caliente de los corderos, es devorado crudo por los circunstantes, mientras la machi sepulta en la tierra la sangre que había sido vertida en su cántaro.

Los indios que fueron al arroyo regresan (son las 9 $\frac{1}{4}$) trayendo en alto las banderas negras, y corriendo a todo escape gritando *ya!... ya!... ya!...* con que ahuyentan a Pillan.

Entonces todos cabalgan y siguiendo a las machis que rodean, cantando los manzanos, describen una espiral que estrechan, acompañando con sus gritos el canto de las machis.

En los momentos en que la machi enterraba la sangre de los corderos, le entregamos nosotros una langosta argentina, que habíamos cogido en Lautaro, la cual, asida por la machi, la zambulló en la sangre, la revolvió en ella y sacándola fuera, mostrándola con sus manos ensangrentadas le decía, en su lengua: «Vete, vete: regresa a tu tierra y si no lo haces, así como a ti te ahogo en sangre, así ahogaré a tus compañeras: no vengas más a nuestros *mapus*, que esta sangre te sirva de *cocavi*. Vete, vete».

La ceremonia, después de lo anterior, tomó otro giro: se bailaba en común entre hombres y mujeres, al sonido de los *cultrrunes* y al compás del canto de las machis, agrupados unas veces, en hileras otras, con cierta cadencia, pausa y gravedad: se agitaban el cascabel y las ramas de maqui que muchos indios e indias llevaban en alto; al mismo tiempo que la *pifuilca*, lanzaba sus sonidos agudos la *trrutrruca* sus tonos o notas graves.

Así en estos bailes, tranquilos, que por lo mismo eran imponentes, pues nada de grotesco había en ellos, pasaron largo rato, aunque el Sol picaba de

una manera incómoda para los que no estábamos acostumbrado a recibir sus rayos directamente.

De repente se avisa que dos machis de la vecindad, Vallentu e Inaipi, que son sus nombres, vienen a honrar la ceremonia y acompañar a sus amigas Huehuei y Juanita, las machis que presidían el *gnillatun*.

Toda la concurrencia se volvió para dirigirse al camino que traían las visitantes, bailando sus apacibles bailes, entonando sus cánticos, o tañendo sus instrumentos.

A poco las machis anunciadas se acercan y con presentarse, comienzan a bailar una danza, para la cual necesitaban de toda su habilidad, baile que secundaba la concurrencia, que había ido a encontrarlas.

Eran estas machis una mujer de hasta 30 años y una muchacha de 12, profusamente alhajadas con prendas de plata, en especial Vallentu, la mayor, que brillaba con los rayos del Sol en los instantes en que ejecutaba los diversos movimientos del arte coreográfico indígena.

El baile continuó por largo rato, con pasmosa agilidad y aguante por las machis recién llegadas, rodeadas como estaban de todos los concurrentes, hasta que Vallentu cayó casi exánime de fatiga, sudorosa, en los brazos de dos indios, que impidieron que cayese su cuerpo en tierra.

El baile tenía tanto de nuevo para nosotros como de armónico, todo se hacía al perfecto compás de las músicas y saliendo del rito común: se bailaba en todos sentidos, hacia adelante, hacia atrás, hacia los lados, asidos de las manos, desligados o sueltos, hasta llegar al sitio donde estaban las otras machis. Todo aquello fue, no sólo bello, sino imponente.

Mientras tanto las indias encargadas de la cocina habían preparado la comida.

Los indios tomando sus respectivas colocaciones, sentados en el suelo formando un gran círculo, comieron, servidos los alimentos por las indias.

Esto dio fin o puso término a la ceremonia, siendo las 10.35 de la mañana.

Nuestras impresiones de aquellos momentos fueron sumamente gratas y plácidas.

Encontramos el espectáculo digno de un pueblo culto, eliminados algunos incidentes, y hasta cierto sabor de los ritos de los pueblos clásicos.

Nada había de grotesco o ridículo en esas ceremonias: todo nos obligaba a pensar en que el pueblo que a tales prácticas se entregaba como manifestaciones de su culto, era capaz de idealizar y de tener altas sino ilustradas concepciones de la divinidad a quien iban dirigidas sus preces.

La música producida por, sí bien, toscos instrumentos; el canto, si no variado y de combinaciones melódicas o artísticas, eran capaz de expresar sentimientos engendrados por sus sencillas creencias, por la necesidad de rendir culto a un Ser superior, son las formas más elevadas con que todas las sociedades cultas creen mejor expresar o elevar sus preces.

¿En qué en estos ritos, se extravía el sentimiento indígena del modo como todas las comuniones religiosas y en especial las cristianas, manifiestan el culto inspirado por sus creencias?

El indio no ha levantado templos al ser que adoran; adoran a Dios y le dirige sus súplicas bajo el cielo, que es el templo de la naturaleza. No tiene ministros ni esas jerarquías de otras religiones, pero en sus machis, tiene sus sacerdotisas, que se comunican con Dios (Gnemapun) y le elevan sus pensamientos.

En conclusión diremos, que el *gnillatun*, es una ceremonia digna de ser observada y estudiada desde el punto de vista comparativo con los ritos o prácticas religiosas de otros pueblos.